

Guardó silencio por unos momentos, y con voz conmovida y tono suplicante, continuó:

—Y tú, Ramoncita ¿qué dices? ¿me quieres?

—No me preguntes esas cosas; me están dando ganas de llorar.

Y, efectivamente, comenzó á hacer pucheros.

—No lo mande Dios, murmuró el joven alarmado, porque lo observaría tu mamá, y quién sabe qué se figuraría de mí. Conque, anda, Ramoncita, ¿me quieres?

—Tú qué dices, ¿te querré?

—No lo sé.

—Bien lo sabes; no finjas.

—No, no lo sé; necesito que me lo digas.

—Pues contéstate solo; lo que digas, eso es.

—¿De modo que me quieres? Yo digo que sí.

—Bien lo conoces, concluyó Ramona haciendo un esfuerzo y colocando al fin el traste dentro de la jaula.



IV.

COMENZÓ entonces para Gonzalo una existencia nueva. Siete años, habían pasado desde esa escena, y la emoción del amor primero permanecía en su corazón tan pura, viva y tierna como en aquellos instantes divinos. Era la joven para él visión de castos ensueños, ángel enviado para hacer su dicha, promesa de felicidad en este mundo de lágrimas. No había pensamiento en su cerebro ni latido en su corazón, que no convergiesen hacia ella; al fin de todo, en el extremo de todo, miraba á Ramona. Estudiaba para ser aplaudido por ella; trabajaba para acrecentar su caudal y ofrecérselo á ella. Pensando en ella, man-

dábase hacer trajes elegantes, y encargaba á la ciudad sombreros lujosos, y se afeitaba con esmero, y se hacía cuidadosamente el lazo de la corbata. Todo por ella y para ella.

Dos años hacía que hubiera debido tomarla por esposa; pero el desabrimiento surgido entre don Pedro y don Miguel había ido retardando el matrimonio, pues querían los enamorados que se celebrasen sus bodas en medio de la concordia y armonía de toda la familia, para que ese día hubiese por todas partes regocijo, mucho regocijo, tanto como el que ellos sintieran. Esperando que sus padres se reconciasen y volviesen á ser tan buenos amigos como antes, habían aguardado aquellos dos años. Pero al fin, como no había habido la deseada reconciliación, comenzaban los jovenes á pensar en realizar su enlace, aun en aquellas circunstancias dudosas. ¡Pero hé aquí que repentinamente, y cuando menos lo esperaban, sobreviene el rompimiento, y don Miguel realiza á mano armada la invasión de los terrenos de don Pedro!

Gonzalo pensaba todo esto con suma tristeza, presintiendo graves dificultades y tras-

tornos futuros para el cumplimiento de sus deseos. Sin apartar la vista de la adorada imagen de Ramona, ni cesar de cubrirla de ósculos tiernísimos, dejaba correr por las mejillas lágrimas que rebosaban de sus ojos.

Pensando sería conveniente advertir á la joven de lo que pasaba, para que estuviese prevenida y le ayudase á conjurar el peligro, tomó la pluma y trazó las siguientes líneas:

“Ramona de mi alma:

“Han sucedido cosas gravísimas desde que no nos vemos. Necesito hablar contigo hoy mismo; pero á solas, porque me interesa que nadie se entere de nuestra conversación. Bien sé que no te agrada darme citas por la ventana; pero siendo las circunstancias apremiantes, espero me otorgues la gracia de esperarme hoy á la reja, á las diez de la noche. Te lo ruego por lo que más quieras. Contéstame con el portador, que es persona de confianza, aun cuando sean dos líneas con lápiz.

“Bien sabes cuánto te quiero y que eres la luz de mis ojos

“Gonzalo.”

Habíanse deslizado insensiblemente las horas. La mirada retrospectiva que había echado el joven á la historia de sus amores, había tardado toda la mañana en llegar al lejano pasado y en volver luego á la situación presente. Cuando Gonzalo concluyó la carta, era ya la mitad del día. Sacole de su absorción el sonido de la campanilla, que repicaba anunciando la hora de la comida. Sorprendido echó mano al reloj y vió que era, en efecto, la una de la tarde.

Cuando llegó al comedor estaban todos los comensales en sus puestos. Don Pedro mostraba el mejor humor del mundo. Había desaparecido de su rostro el ceño adusto y reservado que había tenido por la mañana; mostrábase risueño, afable y expresivo.

—Hombre, ¡qué ojos! dijo á Gonzalo tan luego como le vió. Parece que has dormido todo el santo día.

—¿Por qué, padre?

—Porque los tienes colorados é hinchados.

—Es porque he leído mucho.

—No es bueno leer tanto. Mi compadre don Miguel no lee nunca, y es ya dueño de la hacienda del Chopo y del Monte de los Pericos.

Todos rieron de la ocurrencia y la comida pasó alegre en medio de pláticas animadas. A la hora del café dijo Gonzalo:

—Padre, quiero que me permitas mandar al pueblo á Estebanito.

—¿Con qué objeto?

—Voy á hacerle un encargo.

—Bueno; pero ¿y los apuntes y la correspondencia?

—Yo lo desempeñaré mientras vuelve.

—Siendo así, no hay inconveniente.

—Quiero también suplicarte me permitas ir á Citala esta noche.

—¿Para dormir allá?

—No, señor; me volveré á la hacienda cuanto antes.

—Comprendo has de tener negocio que arreglar en el pueblo, dijo don Pedro guiñando el ojo, y sería crueldad impedírtelo. Pero no regreses muy tarde; anda concuidado y llévate á Salomé para que te acompañe.

—Está bien; te prometo volver á buena hora. ¿No me necesitas para nada?

—No: hoy no tenemos que hacer.

—¿Qué has pensado respecto del Monte?

—Tengo mi planecito; pero no te lo digo todavía.

Gonzalo no estimó prudente indagar más, conociendo, como conocía, el carácter de su padre; pero le dirigió una mirada indagadora, y le sorprendió en momentos en que él y Ocegüera se veían con ojos de inteligencia.

—¿Qué será? pensó Gonzalo. Incapaz de colegirlo, procuró distraerse, aunque dominado por cierta inquietud. Para divagar las ideas levantose á poco y llamó aparte á Estebanito.

—Oye, le dijo, vas á montar en seguida y á marcharte á Citala.

—Con mucho gusto, repuso el tenedor de libros.

—Llevas una carta para Ramona y se la entregas en mano propia.

—Pierde cuidado.

—Te lo digo, porque es seguro que has de tropezar con algunas dificultades. Es necesario que no te observen ni mi tío don Miguel ni mi tía doña Paz; es cosa reservada.

—Me daré mis mañas.

—¿No te sirve de molestia?

—Al contrario, de paso veré á Chole, que vive en la misma cuadra. Desde el

domingo no la veo; va á sorprenderse. Oyes, Gonzalo ¿me dejas montar el caballo retinto?

—Toma el que quieras.

—¿Y me prestas tu silla nueva?

—Sí, hombre, con mucho gusto.

Estebanito puso cara placentera.

—En ese caso, dijo, voy á arreglarme para ponerme en camino.

Dióse una nueva pavoneada en el rostro; vació en la cabeza medio bote de pomada; puso más brillantina en el escaso bigote; cambió cuello y puños postizos, echando mano de los domingueros y anudó á la garganta la corbata más roja del repertorio, prendió en medio de ella donairosamente un fistol de plata, que representaba el águila mexicana, recortada de una peseta; abriollantó el calzado, por propia mano, con brochazos de betún y multiplicados cepillazos; vistió las pantaloneras ajustadísimas que le ceñían la pierna, y que para entrar habían menester echar fuera el calzado; cubrió la cabeza con el sombrero afelpado y galoneado color de cereza y de copa altísima y puntiaguda; impregnó el pañuelo de esencia de almizcle; y salió radiante de felici-

dad, deslumbrante de blancura, limpio, fresco y perfumado. Gonzalo esperábale lleno de impaciencia.

—¿Qué hacías, hombre? le dijo—has tardado una hora.

—Estaba aseándome un poco

—¡Pero si has permanecido en el tocador como si fueras una dama!

—No podía ir al pueblo como andaba, tan sucio y mal vestido.

—Parece que vas á casarte; estás muy guapo.

—No te burles; qué guapo he de estar! Los pobres no podemos ser elegantes.

—Y muy buen mozo....

—¡Lástima que no traiga *medio chinito!* contestó sonriente, y metiendo índice y pulgar en el bolsillo derecho del chaleco.

—Me lo quedas debiendo. Conque vamos; á caballo, hombre, que ya van á ser las tres! Aquí tienes el retinto ensillado.

Cogió Estebanito las riendas, se izó de la cabeza de la silla, puso el pié en el estribo, aunque con trabajo, por estar muy alto para su estatura, y, ayudado por Gonzalo, montó en el noble bruto. El generoso animal sacudió la cabeza con donaire, prepa-

rándose para la marcha. Era de la raza cruzada que criaba don Pedro en el Palmar, y que había adquirido gran reputación en los contornos, como formada de nobles padres americanos de Kentuki, y de yeguas finas del país. El retinto era de grande alzada y patas delgadas y finas, signo evidente de ligereza. Llevaba siempre en alto la cabeza, como orgulloso de su estampa, y tenía unos ojos negros y vivos que todo lo veían. El cuello enarcado y robusto erguía adornado por hermosa, negra y profusa crin, que ondulaba graciosamente, á compás de sus movimientos. Su anca redonda y lustrosa era tan sensible, que no sufría ni el peso de la mano.

La índole del alazán no iba en zaga á su parte física. Era tan manso que Gonzalo le cogía las patas, y lo obligaba á levantarlas una después de otra, á medida de su deseo; dábale palmaditas en el lomo, ancas y panza, con toda impunidad; y aun solía pasar de un lado á otro, por debajo de él, sin que el noble bruto diese muestras del menor desagrado. Bajo el dominio del jinete, mostrábase quieto y obediente hasta el extremo, pues, si bien era brioso y amante de

lucirse, no pasaban sus ímpetus de un poco de presunción en el menudo y airoso paso, en la elevación de la frente y en el arqueo graciosísimo del pescuezo. Pero, eso sí, cuando se le necesitaba para la carrera, el combate ó las suertes del campo, era un prodigio de viveza y rapidez. Corría detrás de la res vacuna con gran fuego, ora se tratase de lazarla ó bien de colearla. Una vez echado el lazo, tomaba por instinto la dirección de la cuerda, para tirar con fuerza; ó, una vez la cola en la mano del jinete, *dábase la salida* con tal empuje y rapidez, que por grande y pesado que fuese el cornúpeta, caía en el acto por tierra, boca arriba y con las patas en el aire.

Varias veces Gonzalo había apostado carreras con los rancheros de los alrededores, que se preciaban de tener mejores caballos, y, hasta el día, les había llevado la palma á todos el retinto. No bien se daba la señal de partir, comenzaba el ligerísimo corcel dando un salto potente, que dejaba atrás á sus competidores como cuerpo y medio, y en seguida continuaba devorando la distancia y bebiéndose los vientos de una manera tan pasmosa que daba miedo, y se perdía loá

lo lejos, envuelto en una nube de polvo. Al concluir la carrera, Gonzalo, que no se levantaba de la silla ni una línea, como si estuviese clavado en ella, tiraba de la rienda con mano firme, y el obediente animal de boca *sentidísima*, cesaba de correr en el acto, procurando detenerse con las patas traseras. El impulso recibido obligábale á seguir avanzando corto trecho, contra su voluntad, de lo que daban testimonio las rayas que trazaban en la tierra los cascotes posteriores; y muy á poco se levantaba de nuevo, inquieto y anhelante.

El caporal que desbravó el retinto, era domador habilísimo. No había quien le superara en el arte de hacer á la rienda los potros serranos en breve tiempo, reduciéndolos á la mayor mansedumbre, exentos de toda maña, y dejándoles tal sensibilidad en la boca, que podía manejárseles con hebras de seda. Pero tenía el defecto de ser amante de la copa, del fandango y del pleito. Apenas se veía sobre los lomos del caballo domado ya, aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentase para lucirlo y ponerlo á prueba. En cuanto sabía que hubiese algunos herraderos ó boda en ran-

chos inmediatos, dirigíase al lugar del festejo, montado en su caballo bailador, que parecía una *lumbre*, con el sombrero de palma levantado en señal de combate, y grandes y ruidosas espuelas. Llegaba á los puestos ó tiendas, á comprar aguardiente y cigarros; metíase en los grupos, invitaba á beber á los amigos ó aceptaba sus invitaciones; y por cualquiera fruslería, por una nonada, armaba la de Dios es Cristo, se *arriscaba* el sombrero, que le quedaba en la nuca, sostenido por el barboquejo, y gritaba que *era muy hombre*, y que *á hombre naiden le ganaba*, y que *se rifaba con cualquiera*, y que *el que quisiera, que se zafara*. Y en hallándose en el grupo algún otro de alma atravesada, se trababa una riña descomunal de gritos, insolencias, cabalazos y machetazos, que introducía el pánico en la reunión, y hacía arremolinarse y huir á la concurrencia; hasta que llegaba el juez de acordada á apaciguar el tumulto, y se llevaba presos á los contendientes, de los cuales uno ú otro, ó los dos, solían sacar sendas cuchilladas.

Decía ese caporal que en todos los días de su vida no había conocido un caballo tan

bueno para el pleito como el retinto, y que él, siempre que se viese montado en animal tan fino, *á naiden le tenía miedo, y era capaz de salirle al frente al mismo diablo*. Seducido por sus bellas prendas, había reñido muchos combates cuando le amansaba, porque como decía, *le daba lástima desperdiciar las perfecciones del cuaco*. Amaestrado en tan brillante escuela, ya se deja entender cuán fiero, desconfiado y agresivo sería el bucéfalo. Gonzalo que le conocía, y tenía potencia y habilidad de sobra para dominarlo, manteniale á raya, domando su humor pendenciero; mas por el propio y espontáneo movimiento de su voluntad, estaba dispuesto el retinto á arremeter contra todos los ginetes que encontraba al paso. Al punto que columbraba á alguno de ellos, sacudía la crin y tascaba el freno, llenábase de inquietud y hacía impulso por lanzarse sobre él, para derribarlo del golpe. No bien levantaba la mano Gonzalo, para quitarse el sombrero y saludar, daba un bote el coreel, creyendo sin duda que su amo se lo echaba atrás en señal de guerra. Pero nunca llegaba tan alto su frenesí, como cuando su dueño sacaba la espada por ven-

tura, ya fuese para cortar una rama que obstruyese el camino, ó para pegar un cin- tarazo á algún sirviente maleriado. Era de ver cómo enloquecía entonces, como salta- ba impaciente, cómo inflaba la nariz, como cubría el freno de espuma, y como daba re- soplidos que infundían pavor en el ánimo. No era ya el manso alazán que de ordinario parecía; sino un bruto enardecido, furioso; semejaba más que animal domesticado, fie- ra salvaje, de esas que viven en los bos- ques en constante batalla con las otras ali- mañas.

Recordando todo esto Gonzalo, en el ins- tante en que Estebanito trepó sobre los al- tos lomos del retinto, dijóle sonriendo:

—Mucho cuidado; ya sabes que es man- so, cuando no lo alborotan. No lo sofrenes; déjale más floja la rienda. No le aprietes las piernas. No le piques con las espuelas. Y, sobre todo, no le vayas á pegar, porque te tumba.

—No tengas cuidado, repuso el tenedor de libros; lo conozco, y me guardaré de buscarle ruido. Conque hasta luego.

—Haz pronto lo que te digo, y no te en- tretengas con Chole.

—Dentro de poco estaré de vuelta. Has- ta luego.

Diciendo esto, se alejó al duro trote del retinto, que era campero. No pudo me- nos Gonzalo de sonreír al verle saltar en la silla como si fuese de hule, y al observar que apenas alcanzaba los estribos con la punta de los pies, tan pequeños como los de una dama.





V

O bien quedó solo don Pedro, después de haber oído el relato del monterero sobre el despojo del Monte, mandó ensillar su mulita prieta, y solo y sin hacer ruido, salió de la hacienda rumbo á los potreros. Los recorrió despacio, sin apresurarse y con calma. Pasó en revista á los trabajadores en los puntos llamados la Yerba buena, el Romerito, los Uvalanos y las Estacas; y habló aparte con los cuatro caporales Roque Torres, Espiridión Jiménez, Narciso Casillas y Jesús Esparza, uno después de otro, diciéndo á cada cual poco más ó menos estas palabras:

--Te necesito esta tarde como á las cuatro con todo y caballo; anda á la hacienda y me hablas en cuanto llegues.

• Aquellos cuatro caporales eran tenidos

por esforzadísimos y valientes en el Palmar. Ruiz, que todo lo conocía en sus terrenos, y valoraba en su ánimo la importancia de cada cosa ó persona, según su modo de ser propio, sabía que, en tratándose de lances de armas, no había en la comarca quien superase á aquellos cuatro campeones.

Terminada la excursión, regresó á la casa, poco antes del medio día, y entró en conferencia con Ocegüera. Llevóle al corredor exterior, su cuartel general, y paseando por él al estilo peripatético, en compañía del administrador, díjole:

—Don Simón: quiero que me acompañe vd. esta tarde al Monte de los Pericos.

—¿Al Monte de los Pericos? repitió asombrado Ocegüera.

—Sí ¿me acompaña?

—Voy con su mercé á donde quiera; ya sabe que lo sigo con los ojos cerrados.

—A las cuatro han de venir á buscarme los caporales Roque, Espiridión, Narciso y Jesús, para que nos vayamos todos juntos. Dígale al montero que se vuelva al Monte y se esconda entre los árboles, cerca del punto donde estaba hoy en la mañana.

—Comprendo, observó don Simón; pero

en ese caso es conveniente llevar mayor número de mozos. Siquiera el doble.

—De ningún modo; no fueran á decir que les ganábamos porque éramos muchos.

—Entonces no vaya su mercé; iré yo solo.

—Tengo ganas de echar una paseadita por el Monte, y quiero divertirme.

—¡Pero, Sr. don Pedro, si no es necesario que se exponga su buena mercé!

—No! hay para qué hablar más: ya sabe que lo que digo eso se hace.

—Como guste su mercé ¿Lo sabe el niño Gonzalito?

—No, ni es necesario. Si se lo dijéramos, se afligiría y procuraría disuadirme de mi propósito. Tiene sus razones para ello. No se le quita Ramona de la cabeza, y además, temería que me fuera á suceder algún percance. De suerte que ¡cuidado con que se lo vaya á decir!

—No diré esta boca es mía, á ley de hombre.

Esta fué la razón por que sorprendió Gonzalo aquella mirada de inteligencia entre su padre y Ocegüera, á la hora de comer.

Tan luego como partió Estebanito á des-

empeñar el mensaje de Gonzalo, entró éste en el despacho y abrió los libros de la contabilidad para continuar los asientos. Diose á registrar folios, examinar cuentas, y compulsar operaciones, y bien pronto sumergióse su espíritu en aquel oceano de guarismos, olvidándose de las preocupaciones del día. Consagrado á esta tarea, no se dió cuenta de la llegada de los caporales, que acudieron puntuales á la cita de don Pedro.

Esperábalos éste en su corredor, sentado en la banca de madera, con la vista fija en el extenso campo sembrado de caña, sin muestra de la menor ansiedad.

—¡Guénas tardes, señor amo, dijéronle al llegar, uno después de otro en sus inquietos caballitos, y quitándose con respeto el ancho sombrero de palma.

—¿Cómo te va, Roque?

—¿Cómo te va, Espiridión?

—¿Cómo te va, Narciso?

—¿Cómo te va, Jesús? contestóles con acento sosegado, ordenándoles fuesen á esperarle detrás de la huerta.

En seguida mandó llamar á Ocegüera.

—Don Simón, le dijo, ya están aquí los

caporales: nos aguardan detrás de la huerta. Mándeles dar un Remington y una canana, con su parada de cartuchos, á cada uno, y vea si traen machetes y reatas, para que si les faltan también se los dé. Ud., don Simón, prevéngase lo mejor que pueda y váyase para allá.

La mulita prieta, ensillada desde temprano, esperaba abajo del corredor, atada á la reja de una ventana. No tenía más novedad que cuatro pistoleras, con sus respectivos revólvers: dos por delante, á los lados de la cabeza de la silla, y dos por detrás, cerca de las ancas del animal.

Antes de emprender la marcha, entró don Pedro en el despacho para ver que hacía su hijo. Hallóle completamente abstraído en su trabajo.

—Gonzalo, le dijo, no se te olvide contestar estas cartas; y le dió un paquete.

—No, padre, déjamelas aquí.

—Firmalas por mí, porque es probable que no esté de vuelta á la hora del correo; voy á ver la presa.

—Está bien, padre. No se te olvide que me voy á Citala; te lo digo para que no me estrañes cuando vuelvas.

—Sí, ya sé que te vas á ver á Monchita, repuso don Pedro. Salúdala de mi parte.

—Mil gracias.

—Conque hasta la vista.

—Que te vaya bien, padre.

Tranquilo por lo que se refería á su hijo, salió don Pedro del despacho, bajó las gradas del corredor, montó en la mula, y estimulándola con una varita flexible que siempre llevaba en la mano, dirigióse á la espalda de la huerta. Esperábanle los cuatro caporales con don Simón á la cabeza, todos montados y armados. Al aproximarse, les dijo:

—Creo que estarán ustedes dispuestos á hacer cuanto les mande.

—A sus órdenes, señor amo, le contestaron.

Ninguno de aquellos hombres preguntó á donde iba, ni de qué se trataba; tanto porque sabían que no le agradaba al amo que le tomaran cuentas de sus determinaciones, como porque tenían fe ciega en su dirección. Era don Pedro una de aquellas personas que sienten confianza en sí mismas, y logran inspirarla á los demás. Se sabía que lo que él mandaba siempre estaba bien mandado.

Púsose á la cabeza del grupo. Desde que se apartó de la hacienda, tomó por una angosta vereda á la mano derecha, y comenzó á trepar por la serranía. Agria era la subida, y los caballos hacían la ascensión difícilmente; no así la mulita, que caminaba por delante con gran velocidad, como si anduviese por terreno llano. No articulaba palabra el jefe, ni había quien se atreviese á hablar en pos suya. Caminaron por espacio de más de una hora, metiéndose en oscuras gargantas, trepando por piedras y peñascos, á través de los matorrales y por en medio de la arboleda. Nadie sabía por donde andaba; en las vueltas y revueltas de la marcha, todos habían quedado desorientados. Ocegüera mismo, un tanto alarmado, se aproximó una vez al jefe y le dijo:

—¿Amo por dónde andamos? No conozco la vereda.

—Pierda cuidado, don Simón, repuso don Pedro; yo sí la conozco.

El administrador no tuvo otra cosa que hacer más que guardar silencio, si bien siguió temiendo un estrayío. En su concepto, andaban muy lejos del punto objetivo de la expedición.

Serían las cinco cuando llegaron á un portezuelo entre dos grandes peñascos, por el cual no podia pasar más que un ginete de frente. Detuvo allí su mulita don Pedro, apeose, y dando la rienda á uno de los sirvientes para que se la tuviese, díjoles por lo bajo:

—Aquí me esperan.

Internose por aquella brecha natural, de puntillas y sin hacer ruido, y muy á poco volvió con el mismo sigilo.

—¡Preparen las armas! Nadie hace fuego, sin que yo lo mande. ¡Siganme, sin hacer ruido!

Diciendo esto, volvió á montar en la mula, y sacando el revólver de una de las pistolas, se internó por la garganta. Don Simón y los mozos le siguieron á pocos pasos, rifle en mano. La estrechura no era larga; se cruzaba en dos ó tres minutos. Al terminar, se salía á la cima de una loma cubierta de árboles.

—¡Chist! dijo don Pedro á sus compañeros, señalando delante de sí con la pistola. Allí están; ¡siganme!

En efecto, á muy corta distancia de donde el grapo se hallaba, veíanse abajo, á través

del ramaje, los cuatro mozos de don Miguel. Tendidos en el césped sobre sus sarapes, y á la sombra de las frondas, conversaban sin desconfianza, fija la vista en la casa del Palmar, que desde allí se descubría. Los caballos, sin freno y atados á los árboles, pastaban sosegadamente la verde hierba.

—¡Hombre, que güeno estuvo el golpe! decía uno de los mozos; todavía me estoy saboriando.

—¡Qué sorpresa pal probe montero! exclamaba otro.

—¡Qué diría el amo don Pedro?

—Se ha de haber acalambrado de coraje. Y reían á mandíbula batiente.

De pronto oyeron tropel de caballos á la espalda, volvieron la cabeza, y vieron á don Pedro que llegaba seguido de sus hombres. Quisieron levantarse para sacar las pistolas.

—¡No se *buigan!* les dijo Ruiz con voz tremenda; ó los *afusilamos!*

Y él y todos los suyos les apuntaban con las armas de fuego.

No hubo remedio. Los mozos de don Miguel comprendieron que toda resistencia era inútil.

--Amo, estamos dados, dijo uno de ellos.

--¿Se rinden á discrecion?

--Ni modo de evitalo.

--Pues entreguen las armas. A ver, Roque, apeate y recógeles á los señores los rifles, las pistolas, los sables y las cananas.

Entregaron con mano trémula las pistolas y las cananas. Los rifles estaban pendientes de las sillas de los caballos.

--Ahora, prosiguió don Pedro, amárrenles las manos por detrás, y ayúdenles á montar. Repártanse las armas de éstos para que no les pesen, y cada cual tome del ronzal un caballo para que lo lleve *estirando*.

Todo se hizo con una rapidez de relámpago. Los caporales de don Pedro ataron fuertemente á la espalda las manos de los vencidos, con la complacencia y la tiranía propias de todos los vencedores. Uno de aquellos, Pánfilo Vargas, se indignó y dijo:

--Ansina ganarán, vafe, con ventaja. Amárrale más recio, que al cabo algún día sabrás quién soy: arrieros semos y en e campo andamos.

--¡Te callas, grandísimo....! gritó co-

lérico don Pedro. ¿Cuántos eran ustedes esta mañana? Eran seis para atacar al pobre montero, que estaba solo y no los esperaba. A ustedes los dejaron aquí por endiadrados, y tenían la obligación de no dejarse sorprender. Perdieron porque son... tontos. ¿Quién les manda descuidarse? Ya saben que yo no me duermo ni me dejo. Al que me chiste lo desuello á cintarazos.

Luego se volvió á Ocegüera diciéndole:

--¿Dónde se habrá escondido el montero?

--Aquí estoy, señor amo, respondió éste saliendo de la espesura.

--Te buscaba para ordenarte que siguieras en tu lugar..... No tengas cuidado; te mandaré refuerzo. No te muevas de aquí hasta que te lo diga.

--Está bien, señor amo.

--¡Ahora vámonos! ordenó Ruiz.

Y la caravana se puso en marcha para la hacienda, á la hora en que el sol comenzaba á ocultarse, y cuando las grandes sombras de los cerros iban extendiéndose por el valle.